



Domingo I

del Tiempo Adviento - (Ciclo - C)



I. NOTAS EXEGÉTICAS

1ª. lectura: Jr 33, 14-16

Un clásico anuncio profético de esperanza fundada sobre la tradición mesiánica davídica (cf. 2Sam 7, 8-16), el surgimiento de un descendiente de David indica la fidelidad de Dios a sus promesas y el amor por la comunidad entera del pueblo (Israel y Judá).

La historia de la monarquía se ha visto mancillada por luchas de poder, usurpación de la dignidad real y gobernantes que han llevado al pueblo a apartarse de la alianza.

Los desterrados regresarán después del exilio para reconstruir Jerusalén, sin embargo, la sobriedad en la descripción («En aquellos días se salvará Judá, y en Jerusalén vivirán tranquilos») hace pensar en algo más que la restitución de un pasado de esplendor en los días de David y Salomón. El sucesor real prometido en este oráculo será un descendiente legítimo de David erigido por Dios, estará revestido de la gracia y de ahí la garantía de recibir de Dios mismo lo necesario para un gobierno justo.

Ciertamente no se trata de regresar a lo ya conocido, habrá que buscar el sentido del anuncio en una ruptura entre lo antiguo y lo nuevo, un nuevo tipo de relación que Jeremías comenzará a llamar nueva alianza. La caracterización del rey prometido orienta la esperanza escatológica hacia un gobierno justo.

Salmo: 25(24), 4-5ab.8-9.10 y 14

Un salmo de corte sapiencial que se abre con una súplica en segunda persona (Enseñame) para pasar a la reflexión en tercera persona (El Señor enseña el camino). La petición se expresa con tres verbos: enseñame, encamíname e instrúyeme, ellos con el complemento 'camino'. Aquí el sustantivo camino es una manera de referirse a la Ley, expresión del amor y de la voluntad del Señor. Esta triple súplica se apoya en la salvación que Dios ofrece, es decir en la Alianza.

Las dos estrofas siguientes que propone el leccionario de la misa (vv. 8-9 y 10.14) responden en clave sapiencial a la petición. Así la bondad del Señor se expresa enseñando el camino a los pecadores y encaminando a los humildes. La tercera y última estrofa desvela el sentido de camino como Alianza. De parte de Dios, la Alianza es expresión de su misericordia y su lealtad; para el ser humano, el temor de Dios representa el acceso al conocimiento de la Alianza y la manera de mantenerse en fidelidad a ella.



2ª. lectura: 1Tes 3, 12—4, 2

San Pablo escribe la primera carta a los tesalonicenses hacia el año 51, estando en Corinto, cuando Timoteo regresa con buenas noticias y algunas inquietudes que le plantearon los cristianos de esa comunidad acerca de la segunda venida de Cristo.

Después de hacer memoria de los inicios de su actividad misionera en Tesalónica el Apóstol les recuerda a los destinatarios de su carta que el amor de Dios es el que sostiene y lleva a la maduración la vida cristiana. La mayoría de los miembros de la comunidad cristiana de Tesalónica tenían un origen pagano, «se convirtieron a Dios, abandonando los ídolos, para servir al Dios vivo y verdadero, y vivir aguardando la vuelta de su Hijo Jesús desde el cielo» (1, 9s), ahora san Pablo quiere hacerlos tomar conciencia de que son 'pueblo de Dios', insistiendo en su santidad y marcando distancia con los que no tienen esperanza.

Evangelio: Lc 21, 25-28.34-36

Este texto hace parte del discurso de Jesús sobre el final del tiempo. Se reconocen dos partes bien diferentes separadas por la parábola sobre la higuera, que omite el leccionario de la misa.

La primera parte es un breve apocalipsis que se abre con señales en el cielo y se cierra con la venida del Hijo del hombre. En el cielo el sol, la luna y las estrellas manifestarán signos, pero no se precisa en que consisten estas señales que, junto con el oleaje del mar, producirán angustia y desfallecimiento de la gente por el miedo y la espera.

Se marca así el final de un tiempo; los astros que desde el día cuarto de la creación señalan el paso del tiempo y permiten así la organización de las actividades humanas (cf. Gen 1, 14) ahora no prestan esa ayuda. Es como si la humanidad no tuviera el soporte que le venía sirviendo para llevar un estilo de vida que ha resultado injusto.

En este punto (todos) verán venir al Hijo del hombre en una nube. El relato de Lucas habla en singular (una nube) que concuerda con lo anunciado en el episodio de la ascensión (cf. Hech 1, 9). A la teofanía se añade una invitación (a los discípulos) para mostrar valor. Ante los signos del fin de una época el discípulo de Jesús no ha de temer porque el final del tiempo es la presencia de la liberación. Esta manera de presentar la salvación evoca el *Magnificat* y la culminación de la justificación que logra Cristo (cf. Rom 3, 24; 8, 23).

La segunda parte consiste en una enseñanza que busca preparar a los oyentes del discurso. Puesto que no se sabe ni el día ni la hora de la venida del Hijo del hombre es necesario vigilar constantemente. La vigilancia consiste fundamentalmente en asumir un estilo de vida conforme con la historia de salvación. Quien asume esta forma de vigilancia no hace pesado el corazón cargándolo con juergas, borracheras o preocupaciones por lo inmediato de la vida. Si los cristianos se siguen identificando con la sociedad injusta que está colapsando, correrán también la misma suerte. Los discípulos deben orar pidiendo fuerza para mantenerse en pie (postura del hombre libre).



II. PISTAS HOMILÉTICAS

Hecho de vida. La línea general de los textos, tanto bíblicos como eucológicos, tienen como tema concurrente la manifestación del Señor al final de los tiempos. Al desconocerse el día y la hora de la llegada del Señor, la espiritualidad cristiana propone prepararnos para ese acontecimiento mediante la toma de conciencia de la realización del plan de salvación en la historia de cada uno.

Desarrollo. Quizá la clave en la que se puede centrar el mensaje de este domingo sea el aspecto de la *sacramentalidad de la vida cristiana*. La preparación para el encuentro con el Señor se realiza mediante lo que llamamos «sacramentalidad».

Durante varios siglos el tema de los sacramentos en la Iglesia católica se centró en la eficacia de siete celebraciones, la reforma litúrgica del concilio Vaticano II nos lleva a tomar conciencia de la presencia y acción salvífica de Cristo también a través de otras mediaciones.

El tiempo del Adviento es un don de Dios a través de la Iglesia, que nos ayuda a reconocer cómo y de qué manera Cristo está presente hoy en nuestra historia realizando la salvación de la humanidad.

En este sentido el mensaje de la segunda lectura advirtiéndolo que la vida cristiana es expresión y realización del amor de Dios en la historia de cada discípulo. Asimismo el prefacio III de Adviento expresa que «el mismo Señor que se nos mostrará lleno de gloria viene ahora a nuestro encuentro en cada hombre y en cada acontecimiento, para que lo recibamos en la fe y por el amor demos testimonio de la espera dichosa de su reino».

El texto de la oración colecta manifiesta que el dinamismo de la vida cristiana consiste primeramente en la acción de la gracia de Dios, que el creyente recibe –mediante la fe– y esta recepción convierte al mismo creyente –mediante la vivencia de la caridad– en signo vivo de la presencia y de la salvación de Cristo. El Señor nos concede la gracia de prepararnos para su encuentro y esta gracia ya comienza a actuar en nosotros llevándonos a vivir una vida en justicia y caridad.

Paso al rito. Es oportuno presentar la primera fórmula de aclamación al memorial para entender la dimensión sacramental de la celebración de la Eucaristía: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!». Con este texto, más que a la presencia real, la fe manifiesta el misterio de fe contenido en la Eucaristía. La fe cristiana reconoce que la Eucaristía es memorial de la muerte de Cristo, hace referencia al hecho histórico de la crucifixión. Como efecto de la Pascua de Cristo, la aclamación declara que el acontecimiento liberador, que es la resurrección, se manifiesta en la asamblea reunida y en la existencia de cada creyente. En la tercera frase se expresa la esperanza cristiana, ya experimentamos la vida de la Pascua en nosotros, pero percibimos que aún queda mucho por transformar en nuestra historia, por eso imploramos el retorno del Señor.



III. SUBSIDIO LITÚRGICO

COMENTARIO DE ENTRADA

Con esta celebración iniciamos un nuevo Año Litúrgico. El Año Litúrgico es una ayuda que nos proporciona la Iglesia para madurar en nuestra vida de fe. En el transcurso de un año nos familiarizaremos con el misterio de la vida del Señor Jesús desde la espera de su nacimiento, su infancia, pasando por su predicación, pasión, muerte y resurrección y viviendo la expectativa de su retorno al final del tiempo.

Abrimos el año litúrgico con cuatro semanas de Adviento, en las que, mientras recordamos la primera venida de Cristo, nos preparamos para su última venida, al final del tiempo. La celebración de este primer domingo de adviento nos sirva para tomar conciencia del amor de Dios conduciendo nuestra historia hacia el encuentro con él.

COMENTARIO A LA BENDICIÓN DE LA CORONA DE ADVIENTO

(Inmediatamente después del saludo inicial)

Al comenzar el nuevo año litúrgico bendecimos la corona de adviento. Sus luces recuerdan que Jesucristo es la luz del mundo y su color verde es signo de vida y esperanza. La corona de adviento es el símbolo del triunfo de la luz y la vida sobre las tinieblas y la muerte, porque el Hijo de Dios se ha hecho hombre y nos ha dado la vida verdadera.

Al encender semana tras semana los cuatro cirios de la corona, simbolizamos nuestra gradual preparación para recibir la luz de la Navidad. Por eso hoy, primer domingo de adviento, se bendice esta corona y se enciende su primer cirio. (Quienes hayan traído sus coronas de adviento las pueden levantar -o se pueden acercar- para la bendición).

COMENTARIO A LAS LECTURAS

En el cristianismo la salvación que Dios ofrece se realiza en la historia. Por la fe Dios nos capacita para acoger su palabra, palabra que nos revela el proyecto de Dios para nosotros. Sin embargo, es el amor de Dios que él infunde en nosotros el que realiza en cada uno la conversión para llevar a cabo el plan de Dios en nuestra historia personal. Prestemos atención a su palabra.



BENDICIÓN DE LA CORONA DE ADVIENTO

(Inmediatamente después del saludo inicial)

- Monición.
- Canto: "Vamos a preparar el camino del Señor" u otro adecuado.

- Presidente:

* ! Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz;
la gloria del Señor amanece sobre ti!.

Oremos:

Señor, bendice con tu poder nuestra corona de Adviento,
para que, al encenderla, despierte en nosotros
el deseo de esperar vigilantes la venida de tu Hijo Jesucristo.
Así, cuando Él llegue, nos encuentre bien dispuestos
para celebrar su presencia en medio de nosotros. Amén.

(Se rocían con agua bendita las coronas de adviento)

Al encender la primera luz:

En la corona de Adviento está representado, Señor,
nuestro deseo de prepararnos para tu venida.

Al encender esta primera vela resuena la voz de Jeremías
que profetizó tu nacimiento de la familia de David
y la salvación que contigo llegaría.

Los signos en el cielo proclamados por san Lucas
te anuncian viniendo sobre la nube con gran poder y majestad
inaugurando así el día de nuestra liberación.

Ven, Señor, desde el cielo,
queremos contemplar tu gloria.
Ven, Dios y Salvador nuestro.

- Canto: "Ven, ven, Señor, no tardes" u otro adecuado.



ORACIÓN DE FIELES

Presidente: Pidamos al Señor que la gracia del Adviento nos haga reconocer y acoger la presencia del Reino de Dios en nuestra historia de cada día.

R/. Que venga tu reino, Señor.

1. Para que la gracia del Adviento lleve a todos los miembros de la Iglesia a madurar en la vida de caridad y de esta manera los hombres reconozcan la acción de Dios en nuestra historia.
2. Para que la luz del Espíritu Santo sostenga en el papa Francisco, en nuestro Obispo Luis José y en cada uno de los pastores de nuestra arquidiócesis el ministerio de la profecía, de manera que nos orienten en los caminos de la salvación.
3. Para que la acción de la gracia de Dios en la vida de los pobres manifieste a nuestro mundo el valor de las auténticas riquezas.
4. Para que el amor de Dios sostenga la esperanza de quienes pasan necesidad por las inequidades de nuestra sociedad o son víctimas de las injusticias, y lleguen a descubrir la fidelidad de Dios.
5. Para que la Palabra de Dios que hemos escuchado en esta celebración nos lleve a reconocer el plan de salvación y las preocupaciones de la vida no nos impidan mantenernos en pie cuando llegue el Hijo del hombre.

Presidente: Dios, Padre nuestro, que nunca te desentendes de la obra de tus manos, escucha la plegaria de tu pueblo y no permitas que nos apartemos de tu camino sino que, por tu gracia, vivamos siempre en vela aguardando la venida de tu Hijo Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.